



Pautas de Retiro – febrero 2019

“Vocación y gracia”

I. INTRODUCCIÓN

Como cristianos somos caminantes hacia Dios y nuestro destino es llegar a Él al final de nuestra vida. Esta es nuestra principal vocación y es en el bautismo cuando recibimos la vocación a la eternidad en la vida cristiana. Recibimos de parte de Dios la vocación a la vida; también de Él hemos recibido la vocación a la vida cristiana y en el proyecto de la vida cristiana está la vocación a la eternidad. Iniciamos el camino para hacernos, poco a poco, uno con Dios, adquiriendo la estatura de Cristo y con esta identidad y este desafío lleguemos al reino de Dios. Para que esto sea realidad, tenemos que realizar pequeños esfuerzos de crecimiento, estar abiertos a la gracia y a la acción del Espíritu Santo para realizar la vocación a la vida, a la vida cristiana, la vocación de servicio en un Instituto paulino en donde trabajamos para que "todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" y llegar a la eternidad para amar como Dios nos ama.

El primer momento para que entremos en el camino de Dios, es necesario que valoremos y amemos nuestro bautismo como consagración sustantiva y como don de Dios.

Como humanos, poseemos la vocación a la vida y entonces tendríamos que cultivar los afectos, las estructuras, actitudes, pensamientos de vida. Como cristianos tenemos la vocación a la santidad y, por lo tanto, también es el objetivo que tenemos como Paulinos y Paulinas y para alcanzar el objetivo, tenemos la gracia de Dios, la Iglesia, los sacramentos, la liturgia y toda la riqueza de la Familia Paulina; su historia, sus Beatos, que sostienen en el camino hacia la santidad. Por lo tanto, el camino a la santidad es nuestro.

Durante el camino, se pueden encontrar ídolos que suplanten a Dios o actitudes que llevan a excluir a Dios, a los hermanos, signo que no se está en el buen camino. El Año vocacional paulino es una maravillosa oportunidad para reforzar nuestra vocación, pero también reforzar la vocación misionera creativa e itinerante paulina, a ejemplo de Pablo.

Nuestro corazón de Paulinos, Paulinas, está lleno de Dios, somos apóstoles, y estamos llenos de evangelio, de fraternidad; entonces sí irradiamos a Cristo en la

sociedad y entonces gozamos porque muchos y muchas querrán pertenecer a la maravillosa Familia Paulina.

II. LA GRACIA

Podemos encontrar muchas definiciones de gracia, podemos definirla con palabras propias, pero la sustancia siempre será:

a) La participación de la vida divina en el ser humano y la respuesta que se dé. La gracia se recibe y se vive en los sacramentos, en la liturgia, (en la Eucaristía), en la oración cotidiana (Visita eucarística), en la contemplación de la Palabra de Dios (Lectio divina), y se expresa con la caridad en comunidad para las Congregaciones y en el día a día para los Institutos agregados, Amigos de Jesús Maestro y Amigos de Jesús Buen Pastor. Amando la gracia de Dios es la gran oportunidad que tenemos de crearnos o recrearnos para alcanzar la imagen de Cristo, (Rm 8, 29), un objetivo que requiere esfuerzo y ascesis, que podemos lograrlo con la fuerza de la gracia a través de “el Método Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6).

b) La vida de la gracia no son sólo conceptos, es el camino de transformación de la persona (Ef 4, 22-24). La gracia es un don que nos coloca en el centro de Trinidad. La gracia es la vida en el Espíritu recibida en el bautismo y concretizada en la vida.

LLAMADO A LA SANTIDAD

No tendría razón de ser el don de la gracia y la vocación si el objetivo de este don no fuera la santidad. Al inicio de la humanidad perdimos nuestro ser original por la desobediencia. El hombre cayó en el engaño, no supo mantenerse en fidelidad a Dios, hecho que nos narra el libro del Génesis (3, 1-7).

Pero Dios Creador, providente y amante del hombre, le promete el envío de un salvador, le promete regresarle la santidad, regresarle el don perdido, pero ahora desde su Hijo Jesucristo, quien, a través de su misión, nos recuperará la gracia y nos indicará el camino de regreso al Creador (Gn 3, 14-15). Por esto, estamos llamados, llamadas, a saber, quién es Jesucristo y preguntarnos qué lugar ocupa en la vida. Entonces, el don de la gracia es Jesucristo y para los Paulinos y Paulinas, conocer a Jesús como Camino, Verdad y Vida es ser o no ser Familia Paulina.

El Padre envía a su Hijo para iluminarnos en el camino hacia el reino, para purificarnos constantemente con su amor y gracia; santificarnos, transformarnos hasta lograr la medida de Cristo y así reencontrarnos con el Padre como criaturas nuevas, dentro del dinamismo de la Trinidad.

La santidad, la nueva criatura, se logra aceptando a Jesucristo sin condiciones, viviendo su mensaje sin descuentos y sus propuestas de renovación y vida nueva a través de la gracia que se nos da en los sacramentos. Nosotros mismos al ir descubriendo a Dios a través de una liturgia profunda, en la oración eucarística contemplativa y su Palabra y en la caridad, iremos sintiendo la armonía interior, el gozo por lo humano y lo divino, e iniciaremos a “buscar las cosas de lo alto”. (Col 3, 1), nos sentiremos dentro de Dios amando y viviendo su gracia en la vida cristiana y luego sentiremos el gusto de salir a compartir el don de la gracia con nuestros hermanos, como lo pide el Papa Francisco.

III. COMPARTIR LA GRACIA

Papa Francisco nos dice:

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso”. (EG 3).

“La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás” (EG 10).

“Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo”. (EG 23).

“Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, sin la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida”. (EG 49).

“La proclamación del Evangelio será una base para restaurar la dignidad de la vida humana en esos contextos, porque Jesús quiere derramar en las ciudades vida en abundancia (Cfr. Jn 10,10)”. (EG 75).

“En el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza. En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás”. (EG 86).

“Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos”. (EG 87).

“El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo”. (EG 88).

IV. CUIDAR LA GRACIA Y LA VOCACIÓN

La gracia nos fue dada desde el inicio de la humanidad, con el “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, narrado en: (Gn 1, 26), Tenemos sed de reencuentro con el Creador nacida después de la tentación y la caída en el pecado de autosuficiencia (Gn 3, 1-24). Ojalá y todas las mañanas al levantarnos hagamos la siguiente oración: “Mi alma tiene sed de Dios, ¿cuándo volveré a ver su rostro?” (Ps 42).

Después del pecado del hombre, el único camino para participar de la santidad de Dios es Jesucristo; Él afirma que es el único Camino, Verdad y Vida para volver al Padre (Jn 14, 6), es Él quien nos da la oportunidad de participar en la vida divina de nuevo. Es Él quien nos comunica con Dios, Él vino a reintegrarnos en el amor de Dios, es Él quien nos dice cómo alcanzar su estatura.

Podemos participar de la santidad divina porque fuimos creados a su imagen, tenemos nuestro origen en el misterio trinitario, salimos de Dios que es amor y comunicación eterna.

Dios nunca nos abandona, nos envía a su Hijo para recuperarnos. No hay otro camino para volver a Dios; amar a Jesucristo, cuidando la gracia y amando la vocación.

Jesucristo es el Camino que hace la Iglesia hacia el Padre. Cristo vino a este mundo con una misión específica, nuestra salvación, ahora encomendada a la Iglesia y dentro de la Iglesia está la Familia Paulina. Entonces hay que conocer la misión de Cristo, la misión de la Iglesia, la misión de la Familia Paulina y buscar la forma de cómo injertarnos en este proceso de regreso al Padre.

Estamos llamadas, llamados, a experimentar el camino cristiano, hecho desde la fe, la esperanza y la caridad, participando en la comunidad eclesial como Paulina y Paulino.

Viviendo la vida en Cristo, en la gracia, entramos de nuevo en la esfera de Dios preparada durante toda la Antigua Alianza, vivida por el pueblo de Israel en el

ANTIGUO TESTAMENTO.

Al momento de la encarnación del Hijo de Dios, cuando la humanidad recibió la gracia de lo alto, la situación del hombre cambió radicalmente; es el parteaguas de la humanidad. La encarnación del Hijo de Dios, no sólo nos transforma con su gracia, sino que nos indica el camino y nos enriquece con todo lo necesario para

conquistar el reino de Dios. Nos regresa la gracia, nos regresa a la realidad de Dios y nos lleva hasta su reino. Cuidar esta perla y amar la vocación es nuestra responsabilidad.

Estamos llamados a seguir este camino de crecimiento humano y divino, gracia que Dios nos ofrece gratuitamente. Gratuidad es la respuesta al don de la gracia en Jesucristo y al don de la vocación.

Siguiendo a Jesucristo, gracia de Dios, encontramos el camino de la felicidad eterna.

V. LA GRACIA SUSTANTIVA DEL BAUTISMO

El centro de nuestra vida como bautizado es Cristo. Es en Cristo donde la vida toma sentido. Dijimos que fuimos creados a imagen de Dios; este principio nos debe acompañar durante toda tu vida; nos llevará a respetar y cuidar la vida de nuestro hermano y es en el bautismo donde nos convertimos en el templo de la Trinidad. Al recibir la gracia en el bautismo, es el principio sustantivo que como cristianos debemos valorar, cuidar y compartir siempre. También como Paulinos y Paulinas, tenemos toda una estructura carismática a nuestra disposición para hacer fructificar la gracia del bautismo y la vocación.

A partir del bautismo iniciamos un recorrido hacia el reino de Dios teniendo dos riquezas: 1. Ser justificados, (santificados) y 2). Somos la inhabitación de la Trinidad; desde este momento poseemos la gracia y recordemos que tenemos una enorme responsabilidad ante ella. Esta experiencia de Dios, su gracia, que vamos experimentando, nuestra vocación, etc., nos pedirá compromiso de transformación personal y social.

Cuando nos bautizaron, recibimos la gracia de la filiación divina y la fraternidad, elementos suficientes que Dios nos otorga para que caminemos hacia la santidad. Es un camino gradual hacia la plenitud del amor y la unidad que como cristianos conquistaremos y que consiste en ir adquiriendo la imagen de Cristo en este mundo, doctrina no estaña a los Paulinos y Paulinas, de tal manera que al final de nuestros días, Dios Padre nos debe reconocer como sus hijos e hijas en el Hijo y nos dirá entra hija, hijo mío; bienvenidos a la casa del Padre, recordando que nadie se salva solo, nos salvamos como Familia Paulina y con el pueblo destinatario de la misión paulina.

Dios Padre quiere que esa experiencia divina de gracia la concentremos en Cristo, “de muchas maneras nos habló Dios en el pasado, ahora nos habla por medio de su Hijo” (Hb 1, 1-2). Así que de aquí en adelante nuestro punto de referencia será siempre Cristo, para el consagrado, la consagrada, es la esencia de la vida.

Toda nuestra vida tendrá sentido sólo en Cristo, es el enviado del Padre, el Dios con nosotros, que nos comunica su vida divina. Si la gracia que recibimos en el bautismo la perdemos, la podemos recuperar con el sacramento de la misericordia de Dios; por lo tanto, amemos y frecuentemos el sacramento del perdón.

Nuestra actitud de vida es vivir en Cristo y desde esta plataforma vivir la ética cristiana y revisar nuestra vida y transformarnos progresivamente amando a Dios y a nuestros hermanos. Para ello, tenemos que entrar en comunión con el Padre a través de Jesús y por el impulso del Espíritu Santo, con su Palabra, con la liturgia y los sacramentos.

Al momento de nuestro bautismo, recibimos la vida nueva, la gracia de Dios, la gracia perdida por la humanidad al inicio de su existencia. Es en el bautismo cuando Dios nos dio todo lo necesario para que regresemos al Padre, y nos dio la fuerza en el Espíritu Santo para que lleguemos con la imagen de su Hijo a la eternidad; por lo tanto, estamos llamados, llamadas a entrar en este camino que nos hace feliz aquí en la tierra y después en la eternidad. Amemos la gracia bautismal, amemos la gracia de Dios y esta maravilla que Dios nos da, compartámosla vocacionalmente. Digámosles a todos con el testimonio paulino, que Dios en su bautismo les dio la fe, la esperanza, la caridad y la gracia, como raíz de la santidad. Seamos alegres imanes vocacionales con la fuerza de la gracia y el don de la vocación paulina.

VI. PARA REFLEXIONAR

¿Cuáles son mis ídolos que suplantán a Dios?

¿En qué forma comparto la gracia que Dios me ha dado?

Si decimos que a vida toma sentido en Cristo ¿En qué momentos he perdido el sentido de mi vida como consagrado?